

interiores y secretas, como con figuras externas y sensibles. Y no eran breves estas visitaciones, ni como de paso estos regalos divinos, sino muy largos algunas veces, y de muchos días: y que en el aposento y en la mesa, dentro y fuera de casa le acompañaban, y con la fuerza de su grandeza le traian absorto y elevado, y como á hombre que vivia con el cuerpo en el suelo, y con el corazón en el cielo. No hay para que contar por menudo cada cosa de estas. Esto he tocado para que entendamos con que reverencia habemos de recibir las Constituciones, y con quanto cuidado y solicitud las debemos guardar. Aunque Ignacio por su grande modestia y humildad, con haber recibido tantas inteligencias sobrenaturales, y tantos testimonios de la voluntad divina, y tener autoridad para ello, no quiso que las Constituciones tuviesen fuerza ó firmeza alguna para obligar, hasta que la Compañía las aprobase y tuviese por buenas, lo cual se hizo en Roma despues de él muerto, el año de 1558, en la primera congregacion general de toda la Compañía que se celebró despues de su muerte. En la cual las Constituciones todas como él las escribió, fueron con suma veneracion recibidas, y con un mismo consentimiento y voluntad por todos los Padres confirmadas.....

»Ignacio cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbacion de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes suspiros, comenzó á pedir al Señor que fuese servido sacarle de este destierro, y llevarle á aquel lugar de descanso, donde con la libertad que deseaba pudiese alabarle y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos. Porque aunque con el esfuerzo del alma sustentaba la flaqueza del cuerpo, y llevaba con gran paciencia y constancia las molestias de esta peregrinacion, conformándose en todo con la voluntad divina; pero tenia un deseo tan encendido de ver á Dios y gozar de él, que no podia como arriba dijimos, de puro gozo, pensar sin lágrimas en su tránsito.

»Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que habia entre Paulo IV y el rey Filipo, y no se oia otra cosa en la santa ciudad, sino tambores y pifanos, y ruido de arcabuces y artillería: y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por

no ver esto de tan cerca, y por llorar mas á sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos dias á una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí con los aires malos, y con los calores recios del estío, comenzó á hallarse peor que solia; y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos (como algunos meses antes lo escribió á D.^a Leonor Mazcareñas, despidiéndose de ella, y diciéndole que aquella seria la postrera carta que le escribiria, y que él desde el cielo la encomendaria mas de veras á Dios) se volvió á la casa de Roma. Habia en casa á la sazón muchos enfermos, á los cuales visitaban los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de Ignacio, por parecerles que era ordinaria y sin peligro. Mas él, que mejor que los médicos sabia lo que Nuestro Señor queria hacer de él, habiéndose comulgado dos dias antes, á los 30 de Julio, á las tres de la tarde, llamó al P. Juan de Polanco (del cual se habia ayudado nueve años enteros en toda suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía) y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le queria, le dice con grandísimo sosiego: «Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida de este mundo; id á besar el pié á Su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendicion, y con ella, indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya mas confiado y consolado en esta jornada: y decid á Su Beatitud, que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por Su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de rogar por mí.»

«Envióle el sumo Pontífice la bendicion con grandes muestras de dolor y de amor: mas no sabian los Padres que á la sazón estaban en la casa de Roma, que hacer en un caso tan dudoso. Porque por una parte la enfermedad no parecia grave, y los médicos habiéndole visitado mostraban no tener peligro, y el mismo P. Ignacio no hacia novedad en su manera de trato; antes aquella misma noche, con el semblante y alegría que acostumbraba, trató con los nuestros un negocio que se ofrecia. Por otra parte les ponian en cuidado las palabras que el mismo Padre habia dicho al M. Polanco, y el haber enviado á despedirse de Su Santidad, pidiéndole su bendicion; lo cual les parecia que no podia ser sin gran fundamento y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte.

En fin despues de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar á la mañana sigüiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo y hállanle casi espirando, quiérenle dar un poco de sustancia, y díceles: ya no es tiempo de eso: y levantadas las manos y los ojos en el cielo, llamando con la lengua y con el corazon á Jesus, con un rostro sereno, dió su alma á Dios, postrero dia de Julio, de 1556, una hora despues de salido el sol.

»Hombre verdaderamente humilde, y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acertó á serlo. Pues que sabiendo como supo la hora de su muerte, ni quiso él, como pudiera, dejar nombrado vicario general, ni llamar á sí, ni juntar sus hijos los que presentes estaban, ni amonestarlos, ni exhortarlos, ni hacer otra demostracion de padre, echándoles su bendicion, para enseñarles con este hecho, que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios y de Dios dependiesen y pensasen que él, ni se queria tener por nada, ni pensaba que habia sido nada en la fundacion de la compañía. Cosa que aunque parece diferente de lo que algunos otros fundadores de Religiones han hecho, no lo es del espíritu con que lo hicieron: y así no se debe tener por contraria. Porque el Señor que á ellos les dió el espíritu de caridad para hacer las demostraciones de amor que con los suyos entonces hicieron, así mismo quiso dar á su siervo Ignacio el de la profunda humildad que tuvo, para no hacer ninguna en aquella hora.

»Mas con todo esto sintieron bien sus hijos el favor que de su Padre muerto, ó por mejor decir verdaderamente vivo, les venia. Porque de su tránsito se siguió luego en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor; unas lágrimas de consuelo; un deseo lleno de santa esperanza; un vigor y fortaleza de espíritu que se veía en todos. De manera que parecia que ardian con unos nuevos deseos de trabajar donde quiera, y padecer por Jesucristo. Varon por cierto valeroso y soldado esforzado de Dios el cual con particular providencia y merced envió su Majestad á su Iglesia, en estos tiempos tan peligrosos, para ir á la mano á la osadia de los herejes, que se rebelaban y hacian guerra á su madre. Vése ser esto así claramente; porque si bien lo consideramos hallaremos que Ignacio se convirtió de la vanidad del mundo á servir á Dios y á su

Iglesia, al mismo tiempo que el desventurado Martin Lutero públicamente se desvergonzó contra la Religion católica. Y cuando Lutero quitaba la obediencia á la Iglesia romana, y hacia gente para combatirla con todas sus fuerzas, entonces levantaba Dios á este santo Capitan para que allegase soldados por todo el mundo: los cuales con nuevo voto se obligasen á obedecer al sumo Pontífice, y resistiesen con obras y con palabras á la perversa y herética doctrina de sus secuaces. Porque ellos deshacen la penitencia; quitan la oracion é invocacion de los santos; echan por el suelo los sacramentos; persiguen las imágenes; hacen burla de las reliquias; derriban los templos; mofan de las indulgencias; privan á las ánimas del Purgatorio de los pios sufragios de los fieles: y como furias infernales turban el mundo, revolviendo cielo y tierra, y sepultando cuando es de su parte la justicia, y la religion cristiana.

»Todo lo contrario de lo cual enseñó Ignacio, y predicaban sus hijos, exhortando á todos á la penitencia, á la oracion y consideracion de las cosas divinas, á confesarse á menudo, y comulgarse con devocion: á reverenciar y acatar las imágenes y reliquias de los santos; y aprovecharse á sí y á los fieles difuntos con las indulgencias y perdones sacados del riquísimo tesoro de los merecimientos de la pasion de Jesucristo y de sus santos, que está depositado en su Iglesia en manos de su vicario. Finalmente, todos los consejos; pensamientos y cuidados de Ignacio, tiraban á este blanco de conservar en la parte sana, ó restaurar en la caída, por sí y por los suyos la sinceridad y limpieza de la fé católica: así como sus enemigos la procuran destruir.

»Depositóse su cuerpo en un bajo y humilde túmulo el primer dia de agosto, á la mano derecha del altar mayor de nuestra iglesia de Roma. Murió á los sesenta y cinco años de su vida, y á los treinta y cinco de su conversion; el cual tiempo todo vivió en suma pobreza, en penitencias, peregrinaciones, estudios de letras, persecuciones, cárceles, cadenas, trabajos y fatigas grandes. Lo cual todo sufrió con alegre y asombrosa constancia por amor de Jesucristo: el cual le dió victoria, é hizo triunfar de todos los demonios y adversarios que le procuraban abatir. Vivió diez y seis años despues de confirmada la Compañía por la Silla apostólica, y en este espacio de tiempo la vió multiplicada y estendida casi

por toda la redondez de la tierra. Dejó doce provincias asentadas, que son de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de los reinos de Aragon, de Italia, que comprende la Lombardía y Toscana, la de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la alta, de Alemania la baja, de Francia, del Brasil, de la India oriental: y en estas provincias habia entonces hasta cien colegios ó casas de la Compañía.

II.

Para que pueda acabarse de conocer la gran obra del catolicismo, á la cual en tan alto grado ha contribuido la Compañía de Jesus, no será inoportuno, antes de reanudar el hilo de la serie de biografías de los Sumos Pontífices, que se transcriban los siguientes párrafos de una de las mas notables obras de Chateaubriand, referentes á las misiones.

»Véase aquí tambien, dice, uno de aquellos grandes y nuevos pensamientos que únicamente son peculiares de la religion cristiana. Los cultos idólatras ignoraron siempre el entusiasmo divino que inflama al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos dejaron jamás las sendas de Atenas, de modo que llevados de un impulso sublime fueran á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, visitar al pobre, y sembrar la paz y la concordia entre naciones enemigas: tanto como esto han hecho y hacen todavía con frecuencia los religiosos cristianos. Los mares, las tempestades, los yelos del polo, los ardores del trópico, nada los detiene: viven con los esquimales en su odre de cuerpo de vaca marina, se alimentan con aceite de ballena en compañía del habitante de la Groelandia, con el tártaro ó el iroqués; recorren la soledad; montan en el dromedario del árabe, ó siguen al cáfre errante en sus desiertos abrasados; el chino, el japonés y el indio, llegan á ser sus neófitos; no hay isla, no hay escollo en el océano donde no se haya manifestado su celo; así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, del mismo modo falta la tierra á su ardiente caridad.

»Cuando la Europa regenerada no ofreció ya á los predicadores mas que una familia de hermanos, aquellos apóstoles volvieron la vista hácia las regiones en que un sin número de almas permane-

cian todavía en las tinieblas de la idolatría; y movidos de compasion, viendo en fin aquella desgracia del hombre, se sintieron impulsados del deseo de derramar su sangre por salvar á aquellos míseros extranjeros. Preciso era atravesar selvas inmensas y fragosas, pasar lagos pantanosos, peligrosos rios, y trepar inaccesibles peñascos; era preciso hacer frente á naciones crueles y supersticiosas, vencer en los unos la ignorancia propia de la barbarie, y en los otras las preocupaciones de la falta de civilizacion; pero tantos y tan grandes obstáculos no bastaron á detenerlos. Los que no crean en la religion de sus padres convendrán á lo menos en que si el misionero está persuadido de que solo hay salvacion en la religion cristiana, el acto por el cual él mismo se ordena á sufrir males inauditos á fin de salvar á un idólatra, es superior á cuantos sacrificios puede hacer el hombre.

»Si un hombre á vista de todo un pueblo, á presencia de sus padres, parientes y amigos se espone á la muerte por su patria, á lo menos trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria, y haciendo ilustre á su familia la ensalza dándole honores y riquezas. Pero el misionero que consume su vida en lo intrincado de un bosque, que sufre una muerte horrorosa, sin espectadores, sin ventaja alguna en beneficio de los suyos, oscuro, despreciado, tratado como loco, preocupado y fanático; y todo esto por dar la felicidad eterna á un salvaje desconocido.... ¿con que nombre podrá calificarse esta muerte; este grande sacrificio?

»Consagrábanse á las misiones diversas congregaciones religiosas: los dominicos, las órdenes de San Francisco, los agustinos, los jesuitas y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

»Habia cuatro clases de misiones.
»*Las de Levante*, que comprendian el Archipiélago, Constantinopla, la Siria y Armenia; la Crimea, la Etiopia, la Pérsia y el Egipto.

»*Las de América*, empezando en la bahia de Hudson, y subiendo por el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, y la Guyana, hasta las famosas *reducciones* ó poblaciones del Paraguay.

»*Las de la India*, que abrazaban el Indostan, la península á una y otra parte del Ganges, y que se estendian hasta Manila y las Nuevas Filipinas.